PREFACIO

La educación es el arte de hacer al hombre ético

El debate sobre la educación superior y la ética es un tema de reciente discusión y análisis¹. En el ámbito académico impulsó seminarios y jornadas con un abordaje interdisciplinario como el realizado en nuestra Universidad. Existe una vinculación recíproca entre educación y ética. Para mostrar que es la misma moneda pero vista de dos ángulos distintos: observamos que una cara se focaliza en cómo enseñar ética, es decir: la *educación de la ética* en la enseñanza superior. Del otro lado, encontramos la *ética de la educación*, en donde educar es una actividad moral cuyo fin debe ser formar personas íntegras, con una identificación personal y ética. Este último enfoque, será el eje inicial y prioritario de este prefacio.

En la educación superior se transmiten saberes, conocimientos, habilidades y destrezas para ejercer una profesión, pero también, se transfieren inevitablemente determinadas preferencias, actitudes y valores ligados a la cultura. El hombre no tiene una actitud indiferente y pasiva frente a la realidad, cuando decide hacer algo, o cuando no lo hace, está manifestando sus valores. Estos están siempre presentes en nuestra conducta, y son concebidos como aquellas cualidades que poseen las personas, las cosas o las ideas, con cualquier grado de reconocimiento, aprecio o aceptación social. Resulta una contradicción pensar en una educación sin ética, la educación neutral no existe. La

¹ Cf. Hegel's *Rechtsphilosophie* and his tackling of the concept of education as Bildung. [Note of the Editor].

8 *Ethics in Higher Education - Ética en educación superior*

razón de ser de la Universidad es la formación de un recurso humano colmado de saberes, pero también de valores, un egresado universitario distinguido por su sabiduría. Por lo tanto, la educación superior no puede ni debe separar el área cognitiva de los aspectos actitudinales y valorativos. Si los valores no están presentes, el proyecto educativo se despersonaliza y pierde su razón de ser. La Universidad en estos casos se transforma meramente en una industria educativa para dar títulos y acreditar competencias, contribuyendo solamente a dar valor económico a la propia Universidad. Educación sin ética termina por ser un adoctrinamiento.

Si la ética debe estar presente en la formación Universitaria, entonces la pregunta que tenemos que formularnos será ¿Qué ética debe inspirar nuestra acción educativa? La respuesta a esta pregunta nos conduce a una definida construcción de la persona y su posición en la sociedad. Cada Institución Universitaria tiene un sello propio marcado por los valores con los que se identifica o con la ausencia de valores, lo que direcciona su accionar e impregna al recurso humano que forma. En el caso de la Pontificia Universidad Católica Argentina, estos valores están expresados claramente en las Constituciones Apostólicas *Sapientia Christiana* (1979) y *Ex Corde Ecclesiae* (1990) de San Juan Pablo II y recientemente en *Veritatis Gaudium* (2017) del Papa Francisco (2017). En todos estos documentos se recurre a la búsqueda de la verdad proveniente de la tradición sapiencial de las Sagradas Escrituras y del Magisterio de la Iglesia. La formación en valores es una tarea prioritaria de la Universidad actual. Saberes hay en los libros o en internet, pero la ciencia no sabe de valores. La ciencia solo produce saberes, no sabe del bien y del mal, por lo que la aplicación de los mismos debe ser valorada. Es el sistema educativo en su conjunto el que tiene la responsabilidad de agregarle valores al conocimiento. Para las Instituciones Universitarias Católicas en particular, es aquí en donde se fortalece lo que se afirma *Ex Corde Ecclesiae* N° 45: “entre los criterios que determinan el valor

de una cultura están, en primer lugar, el significado de la persona humana, su libertad, su dignidad, su sentido de responsabilidad y su apertura a la trascendencia” y en las palabras de San Pablo VI “la inteligencia no es nunca disminuida, antes por el contrario es estimulada y fortalecida por esa fuente interior de profunda inspiración que es la Palabra de Dios, y por la jerarquía de valores que de ella deriva”².

Los valores determinan un *deber ser*, pero los valores éticos implican un *deber hacer* necesarios para enfrentar la adversidad, el consumismo, las carencias, la violencia, las adicciones, la corrupción, las inequidades y, la desvalorización y cosificación del hombre en una perversa teoría del descarte.

Encontramos entonces en la educación superior dos obligaciones fundamentales: Una formal, material, relacionada con los conocimientos que deben ser creados, transmitidos y acumulados y otra que podemos resumirla en una sola palabra: ética. Esta dimensión ética no solo se refiere a formar un recurso humano virtuoso colmado de valores, sino también a la forma en que el egresado universitario se vincula y compromete como ciudadano. Platón entendía la educación como un proceso de embellecimiento del cuerpo y el alma, con tres funciones esenciales: preparación para la profesión, el desarrollo del ser virtuoso y la formación del ciudadano. Esta tercera función, lleva a la educación a un nivel superior traducido en el dilema *civilización versus barbarie*. Esta concepción civilizatoria a través de la educación marcó el pensamiento de la modernidad.

La educación superior que tanto en docencia como en investigación siempre puso su acento en el área del saber, debe ahora vincularse con la sociedad y comprometer tanto a sus docentes como a sus alumnos con las necesidades de la comunidad. En una democracia los ciudadanos no

² Pablo VI, A los Delegados de la Federación Internacional de las Universidades Católicas, 27-XI-1972: AAS 64, 1972, 770.

10 Ethics in Higher Education - Ética en educación superior

surgen por generación espontánea, ni son producto de un determinismo natural, tampoco surgen de la evolución. Fernando Savater en su libro “Caminos para la libertad” afirma que el ciudadano es producto de una determinación política y que la educación es el instrumento utilizado para su impulso.

En una democracia todos los ciudadanos participan, ya sea cuando son elegidos para gobernar o, cuando como votantes deciden y eligen a aquellos que los gobiernan. Por eso todos deben ser socialmente preparados mediante la educación para saber ser, o bien un buen gobernante, o bien un mejor elector. La educación superior debe preparar especialmente a aquellos que van a tener una responsabilidad pública. El economista irlandés John Kenneth Galbraith valora la educación tanto de gobernantes como de gobernados: “Todas las democracias contemporáneas viven bajo el permanente temor a la influencia de los ignorantes...”

En la otra cara de la moneda tenemos la *educación de la ética*. Para educar en valores se deben sortear numerosos obstáculos transitando un camino ríspido y sinuoso. Uno de ellos es que la enseñanza se concentra más en el campo cognitivo que en el socio-afectivo-valorativo y los planes de estudio reflejan esta predilección. Pero el obstáculo más difícil es la formación docente. Los docentes que no fueron formados para educar en valores, reproducen la forma en que ellos mismos fueron *adiestrados*. El docente que enseña en valores debe apropiarse de los mismos porque sólo se enseña verdaderamente aquello que se tiene incorporado. Esto se observa en la vida misma. Tanto los niños como los alumnos no obedecen, sino que imitan las conductas y los valores de sus padres en el primer caso y de los docentes en el segundo. Según Kierkegaard el maestro enseña más con lo que es que con lo que dice. La intervención docente jamás es neutra, enseñamos lo que somos, Charlie Parker famoso saxofonista decía a sus alumnos “si no lo vives no va a salir de tu trompeta”. Educar proviene del latín *educare*,

entendiéndose como criar, alimentar, nutrir y también de “exducere” traducido como *llevar a, sacar afuera*. El docente trasmite saberes, el profesor explica y demuestra, pero el maestro es el que inspira, es el que lleva al alumno de la mano por los caminos de la ciencia y de la vida. Necesitamos docentes que dominen la ciencia y la técnica, pero que además posean el arte de la docencia, expresado a través de la vocación, la entrega, el compromiso y los valores superiores que lo deben caracterizar.

La mercantilización de la educación y la influencia de las leyes de mercado sobre las universidades, condicionó la relación entre ética y educación, tanto en la dimensión de la *educación de la ética* como en la *ética de la educación*. Se corre el riesgo de que se pierda el fin último por el cual se educa. Si cada hombre utiliza el saber según su propio sentido, según lo que él considere utilitario para su propio bien, algunos lo harán para avasallar social, política, económica, religiosa y culturalmente al resto de la sociedad.

Frente a esta mercantilización, las Universidades deben ser honestas con su misión y su proyecto institucional, preservando el nivel académico, pero sin descuidar la formación integral. El proceso educativo que se desarrolla en la Universidad se sitúa dentro del marco de un contrato social. Cuando entregamos un título universitario, nos comprometemos con nuestra sociedad garantizando que el egresado es competente. El egresado médico, ingeniero o abogado debe tener capacidad de desempeño pero además, para ser íntegramente competente es necesaria una formación ética. El mercado ha privilegiado productividad, rendimiento, mayor ganancia, sacrificando otros valores como la formación humana o la formación ética. Esto es contradictorio porque la queja habitual de las empresas es que no encuentran para sus cargos gerenciales profesionales honestos, profesionales con pensamiento crítico, con adecuada actitud para el trabajo y, cuando lo consiguen se dan cuenta de su valor dentro de la empresa. Es por esto

12 Ethics in Higher Education - Ética en educación superior

que la empleabilidad de los egresados de una universidad y la opinión que tienen los empleadores sobre los mismos es un fuerte indicador de la formación integral que brindamos.

Dr. Miguel Ángel Schiavone
Rector
Pontificia Universidad Católica Argentina